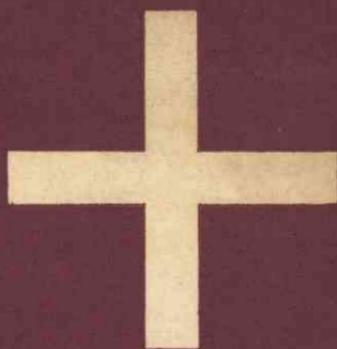


ALFREDO POUILLY



**VIVIR
LA FE
HOY DIA**

ediciones paulinas

Alfredo Pouilly

Vivir la fe hoy día

Temas de conversación
para comunidades cristianas

Ediciones Paulinas

P R O L O G O

"Vivir la fe hoy día" es el tema urgente de la catequesis actual. Hacer "vivir a los bautizados", es la necesidad vital de la Iglesia y la invitación que hacen los Obispos reunidos en Medellín (1968), renovando el llamado que el Papa lanzó al mundo en el Concilio Vaticano II.

¿Qué significa para Ud. en la práctica cotidiana esta fórmula: "YO CREO EN TI, SEÑOR"?

¿Qué es el cristianismo si NO es:

- una religión, ni una religiosidad?*
- una ley, ni una moral?*
- un ritualismo?*

¿Qué significa para Ud. el que sea una vocación?

Sí, una vocación, pero, ¿para qué?

¿Por qué es necesaria una "conversión", como proceso siempre renovado?

¿Quién soy yo? ¿Quién es ese Tú?

¿Qué influencia tiene Jesucristo en la vida nuestra expresada a través de nuestra actividad económica, política, social, familiar e incluso religiosa?

¿Es semejante a la de los Apóstoles, capaz de mejorar el mundo? ¿o bien como una de tantas ideo-

logías contra las cuales tuvieron ellos que luchar?

¿Podemos afirmar que creemos en Cristo, cuando sólo tratamos de imaginárnoslo viviendo en Palestina hace 2.000 años?

Sólo la fe inspirada por el Espíritu Santo puede hacernos alcanzar a Jesucristo.

Sólo la Caridad movida por el mismo Espíritu puede convertirnos en otro Cristo.

Todos, al expresar nuestra fe, lo hacemos imperfectamente, porque no sabemos amar suficientemente y siempre nuestro testimonio será pequeño. De ahí la necesidad de pensar nuestra "vida de fe" para mejorar nuestra "vida a lo bautizados hoy día".

DIALOGO DE LAS COMUNIDADES

- "VIVIR LA FE HOY DIA" ha sido usado con éxito en varias Comunidades de Base, en un intento por ir logrando aclarar cómo la fe debe concretarse en la vida diaria. Esto es lo que nos mueve a ofrecer esta serie de temas para alimentar el diálogo en las reuniones de C.C.B.
- Cada tema pretende ofrecer material, pero no necesariamente establecer el desarrollo detallado de una reunión de una hora. Eso dependerá de cada comunidad o de quien dirige la reunión. Se recomienda que cada miembro haya leído el tema antes de la reunión.
- En la reunión cada uno expone lo que le llamó la atención en el capítulo. Se puede aclarar tal o cual punto. Lo esencial no es discutir el aspecto nocional o intelectual, sino abrirse al cambio de mentalidad, a la conversión del corazón. De allí las preguntas que se sugieren a continuación de cada tema.
- Las preguntas propuestas son sugerencias que pueden alimentar el intercambio en la reunión. No pretenden ser exhaustivas. Ojalá que surjan otras de la lectura del texto. Cada miembro podrá escoger las preguntas que estime más convenientes o adecuadas al grupo para la discusión. Muchas veces estas preguntas invitan a traer testi-

monios, experiencias vividas, hechos de vida. Se recomienda seguir el esquema: ver, juzgar, actuar.

- Habitualmente, al principio de la reunión, se medita el Evangelio durante unos 15 minutos. No debe ser una exégesis del texto o un curso bíblico; no debe haber discusión de "ideas" acerca del Evangelio; sino que cada uno expresa sencillamente lo que le llama la atención en la persona de Cristo o en su mensaje.

El moderador de la reunión puede concluir esta meditación con una oración o una doxología; y a continuación se pasa al tema de reflexión.

Sugerimos algunos textos evangélicos que pueden usarse en este ciclo de reuniones, a no ser que el tema mismo proponga algún pasaje del Evangelio.

ALGUNOS MODELOS DE "CREYENTES" EN EL N.T.

La fe de los Patriarcas	Hebreos 11
La fe de los Magos	Mateo 2
La fe de María	Lucas 11,27-28
La fe de Juan	Juan 20,1-10
La fe de los discípulos de Emaús	Lucas 24,13-35
La fe de Tomás	Juan 20,24-31
La fe de Pedro	Mateo 16,13-25
La fe de Marta	Juan 11,17-27
La fe del capitán romano	Mateo 8,1-13
La fe de la Cananea	Mateo 15,21-28
La fe del ciego	Juan 9,1-38
La fe de una pobre mujer	Lucas 8,40-56
La fe con las obras	Santiago 2,14-17

PARA EMPEZAR LA REUNION

Señor Jesús, que dijiste:

“Cuando dos o más se reunirán en mi nombre, en medio de ellos estoy yo”.

En tu nombre queremos celebrar esta reunión para gloria tuya y bien de nuestros hermanos; dignate hacerte presente entre nosotros, iluminándonos y fortaleciéndonos.

Danos sinceridad y sencillez de corazón, amor a la verdad, a la justicia y a la paz.

Refuerza los lazos de amistad cristiana que nos unen, y danos un corazón abierto y generoso para amar a todos los hombres, nuestros hermanos, como tú los amas.

A ti sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*

O bien:

Señor Jesús, tú nos has reunido aquí esta noche para anunciarnos tu Palabra;

haz que seamos siempre fieles a ella;

que por todas partes donde nos toque actuar llevemos siempre el mensaje de amor

que nos has transmitido a través de ella;

danos la gracia de poder ponerla en práctica en todos los momentos de nuestra vida.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

PARA TERMINAR LA REUNION

- La oración final puede estar a cargo de uno de los participantes que —en un clima de alabanza y gratitud— bendiga al Señor por lo que en esa reunión se ha profundizado.
- Es más rico hacer una especie de oración litánica en que cada uno de los participantes diga el rasgo del Señor que él más admira. El resto puede contestar —o cantar— “Gloria y honor a ti, Señor Jesús”.
- También en una oración de los fieles se pueden dar intenciones en que se destaquen los problemas del mundo, del país, de la Iglesia, del barrio, de la comunidad, a lo cual todos contestan: *Escúchanos, Señor, te rogamos*. Se termina con el Padre nuestro y la bendición final.

Primera Parte

Vivir la fe hoy día

I. NUEVA SITUACION DEL MUNDO

¿Cómo puede y debe ser vivida la fe cristiana hoy día, en la vida diaria?

Esta pregunta vuelve siempre, con insistencia, en los documentos pastorales de la Iglesia.

El mundo se encuentra hoy en una situación nueva. La Iglesia está al servicio del mundo, por lo cual su situación también es nueva. Habría que plantearse el problema de la fe en los siguientes términos:

¿Qué relación hay entre la renovación de la fe y el servicio y las necesidades del mundo?

Nueva situación en la Iglesia

La fe es tan difícil en el siglo XX como en el año 50 después de Cristo. Siempre será difícil para el hombre el fundar su vida en objetivos que vayan más allá del propio yo, su dinero o su prestigio. Tampoco hay más herejías que en el pasado; la Iglesia está tan amenazada hoy como lo estuvo en otras épocas.

¿Qué ha pasado? Después del Concilio se produjo un desconcierto. El Concilio fue la "prueba para la Iglesia", la hora de la verdad. Todo parece cuestionado. El Concilio volvió a lo esencial, relativizando ciertas prácticas (y no solamente el traje de los curas); sin embargo, muchos, como Lázaro liberado de sus vendas, tienen miedo de ser resucitados.

Otros sufren un malentendido: habían esperado, habían preparado el Concilio... Ahora encuentran que no se ha ido suficientemente lejos: no se llegó hasta condenar la Bomba Atómica y bendecir la pildora.

Pero la obra del Concilio no ha sido resolver problemas secundarios (lo cual no significa que esos problemas sean menores).

Si el Papa insiste y nos pregunta: ¿dónde está la fe de ustedes?, es porque el Concilio es, ante todo, un llamado a la fe para la salvación del mundo hoy día. El resto se nos dará por añadidura.

¿Qué espera, pues, el mundo a nuestro alrededor?

Nueva situación del mundo

Nosotros, los creyentes, sabemos que el mundo espera la fe. Pero es preciso esclarecer la naturaleza de esta necesidad, la cual no es ni siquiera una necesidad consciente para un mundo que proclama, no sólo "la muerte de Dios", sino también la muerte del hombre.

a) La muerte de Dios, el ateísmo de nuestro tiempo, es radical y universal. Es radical en el sentido de que ya no se trata solamente de negar una teoría, una idea o un principio, sino de negar absolutamente la relación con respecto a Dios, que es la raíz misma del hombre. (Pese a que los hombres sólo son ellos mismos *en* esta relación, la cual debe hacerse realidad en la comunión total con Dios y entre ellos mismos).

b) La muerte del hombre viene a ser la consecuencia lógica de la negación absoluta de Dios. Los ateos de hoy proclaman:

- El fracaso de todo humanismo: “No sabemos ya lo que es el hombre, ni cómo llegar a serlo”.
- En cuanto a la moral: la no existencia del absoluto, del Bien y del Mal. ¿Cómo puede haber una moral si ya no sabemos a qué conduce?
- En cuanto al hombre: es un objeto que se manipula.

¿El problema de la píldora?: más que un problema de conciencia, es un signo que nos muestra cómo las realidades más sagradas pueden llegar a convertirse en objetos transformables por medio de la técnica.

En la larga búsqueda que desembocó en “Gaudium et Spes” (la constitución del Concilio sobre las relaciones Iglesia-Mundo), nos hemos extrañado de no encontrar una condenación del ateísmo. De hecho, hubo una exposición sobre el ateísmo, pero ésta cuestiona más bien a los cristianos (leer Nos. 19-21 del documento Iglesia-Mundo); bien sabemos que, muchas veces, los hombres rechazan la fe a causa de la imagen deformada que han dado de ella muchos cristianos.

Volviendo, pues, a esta cuestión de la fe y de su relación con los hombres de hoy, debemos meditar este pensamiento de Pascal: “No sólo no conocemos a Dios sino por Jesucristo, sino que ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos si no es por Jesucristo. Sin Jesucristo no sabemos lo que es ni nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos”.

Frente a este desconcierto con respecto a Dios y al hombre, debemos renovar nuestra fe; no se trata de reaprender un catecismo, sino más bien de redescubrir a Jesucristo. La fe en Jesucristo es la única respuesta al desconcierto del hombre de hoy.

Pero, ¿qué significa vivir la fe en Jesucristo?

Para ayudar a la reflexión:

- *Tratar de ilustrar este capítulo con hechos de vida.*
- *¿Qué obstáculos ha encontrado para su fe personal? (No la de los demás):*
 - *De parte de la Iglesia*
 - *De parte del mundo.*

II. RENOVAR NUESTRA FE

¿Qué es renovar nuestra fe?

Es, ante todo, *volver a lo esencial*.

No se trata de olvidar el desarrollo de veinte siglos de teología, ya que la riqueza de los dogmas es prodigiosa, pero el Concilio nos recuerda que entre las verdades de la fe católica, hay un orden jerárquico. Hay que volver a lo esencial; hay que observar cómo, partiendo del germen inicial, todo el árbol se va desarrollando y tomando su sentido.

Sería bueno volver a la sencillez del "Catecismo de Ananías". "Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras; ha sido depositado en el sepulcro; ha resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras" (Hechos de los Apóstoles).

Y también en la acción es necesario redescubrir cómo todas las "leyes" y todos los "consejos", no son la consecuencia de una ley, sino la consecuencia del Misterio esencial: "Amadísimos, sean ustedes los imitadores de Dios y anden en el camino del amor, según el ejemplo de Cristo que nos ha amado y se entregó por nosotros".

Hay que volver a Jesucristo, pero con la condición de comprender lo que esto significa, ya que no es suficiente repetir: Jesucristo, Jesucristo.

Se trata de entender y de VIVIR lo que significa adherirse a un ser vivo que se llama Jesucristo, "Hijo de Dios, muerto bajo Poncio Pilato"; el único que debemos elegir como SEÑOR de nuestra vida. Se trata de entender por qué "no hay otro nombre en el cielo y en la tierra por el cual podríamos ser salvados".

Encontrarnos con Jesucristo. No aquel que, a los 30 años, vivió en Nazaret; ni aquel de los 2 ó 3 años de vida pública; sino el de los tres días en Jerusalén: Jesucristo muerto y resucitado. Resucitado *porque se entregó* por amor, hasta morir. Esto es lo que es preciso comprender.

"He aquí el Hombre". Estas palabras de Pilato se aplican al Jesús de la mañana de Pascua: Jesucristo resucitado; él es el Hombre, el Hombre integral, acabado, llegado a su plenitud; el hombre que ha amado tanto que ha resucitado, el cual nos llama a unirnos con él, a *vivir con él el Misterio Pascual*; es decir, nos llama a *entregarnos, también nosotros, por amor, hasta resucitar*.

"Cuando fuere levantado de la tierra, atraeré todo a mí" (la Ascensión a la gloria). Ningún hombre puede escapar a la atracción de Jesucristo resucitado. Y todos los esfuerzos de los hombres: gestos humildes de servicio, búsquedas técnicas, organización política, desarrollo de los pueblos, etc., todo encuentra su fuente en el poder de la Resurrección de Cristo, entregado por amor a nosotros.

No nos es posible llegar a ser hombres sino entregándonos por nuestros hermanos en la vida cotidiana. Es así como podemos redescubrir el sentido, la verdad de todas las cosas, conforme a la dignidad del hombre. De esta manera, la fe en Jesucristo es luz, revelación del sentido de las cosas y de la vida que espera el hombre de hoy: será verdadera, huma-

na, una situación donde sea capaz de entregar mi vida por amor. Toda situación, incluso la más común, es una invitación a unirse al Misterio de Cristo entregando su vida: *trabajo, amor, diálogo*, todo encuentra su sentido en esta luz.

TRABAJAR es entregar su vida, su cuerpo, sus fuerzas, rechazar el capricho, el diletantismo. No hay trabajo verdadero sin compromiso, sin "entrega". Por ejemplo: la madre de familia que sabe por experiencia que su pena "vale la pena": cocina, lava la ropa, mantiene la casa, para la alegría de su hogar. AMAR es entregar su vida. Entonces ya no hay más ambigüedad en la palabra "amor"; el amor es imposible para aquél que no quiere olvidarse a sí mismo. DIALOGAR, es entregar su vida. No hay diálogo verdadero sin entrega de sí mismo. Entonces desaparecen mentiras, escapatorias, timidez; es peligroso hablar en verdad, es exponerse a la incomprensión. Pero la verdad del diálogo es imposible a quien rechaza entregarse.

Renovar nuestra fe: es CONSAGRAR nuestras actividades, incluso las más comunes. Se trata de revivir en la vida diaria el Misterio de Cristo.

Mientras no alcancemos esto, Cristo permanecerá para nosotros como un personaje lejano. Y la Eucaristía es el momento en el cual se expresa visiblemente el vínculo entre lo que vivimos cada día, y lo que Cristo hizo una vez en Jerusalén.

Para ayudar a la reflexión:

- *¿Qué era la fe para Ud. antes de confrontar su experiencia con esta exposición?*
- *Ilustrar con hechos y testimonios personales lo que es su fe vivida.*
- *¿Qué significa concretamente para Ud.: "entregarse"?*

III. FE COMPROMETIDA: ¿HASTA DONDE?

Fe y compromiso . . . hasta la política (arte de organizar el bien común).

Si la vida de cada uno tiene tanto valor, no podemos desinteresarnos de las condiciones en las cuales viven los hombres.

Resulta asombroso en cuán pocos son los que llegan a comprometerse libremente, a entregarse por amor: a) en su trabajo (más o menos pasivo), b) en su amor (más o menos falsificado), c) en su diálogo (más o menos acondicionado).

Cuando esto sucede, la fe más mística (y es preciso que lo sea), llega a ser lógica e inmediatamente un compromiso, incluso en política (Política — arte de hacer vivir juntos a los hombres, o también: arte de organizar el bien común).

Estamos obligados a tomar en serio la lucha por el mejoramiento de las condiciones humanas de la existencia. Sabemos que esta lucha no sólo no es vana, sino que su término, además, pasa obligatoriamente hoy día por las soluciones políticas.

Es necesario, además, que los creyentes comprendamos que no estamos solos en esta lucha. Inspirados, simplemente, por la fe, sabremos mejor quién es el Hombre, y nuestra lucha será más humana, íntegramente humana, al mirar hacia la humanidad resucitada cuya primicia es Jesucristo.

Recordemos, a propósito de esto, la lucidez de las exposiciones del Concilio sobre el poder de Dios y su acción en el mundo: "El Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de ser asociados al Misterio Pascual", incluso sin saberlo, y es esto lo que el Concilio llamará: "las preparaciones evangélicas".

Evangelización explícita y esperanza. Vamos más allá todavía: si es importante el permitir a los hombres VIVIR en verdad, es también muy importante que sepan qué es lo que viven, que penetren el sentido de lo vivido. Hay que lograr que lleguen a la fe porque la fe transfigura toda la vida y porque, además, es fundamental. Uno quiere siempre superarse, la fe es condición de esperanza. A un militante cristiano que había experimentado un fracaso rotundo, se le hizo la siguiente pregunta: "Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?" A lo cual respondió: "No hay problema; voy a seguir adelante".

N.B. del Plan Pastoral 71 de Santiago (Pág. 16):

"Con frecuencia, la gente de nuestras comunidades cristianas son muy "puristas" y no participan en las Juntas de Vecinos y Centros de Madres, porque le desagrada la acción politizada, las divisiones. Además, no están bien capacitados en esa labor ni en la parte legal de estos organismos y tienen una formación religiosa un tanto desconectada de la vida, que les hace huir de aquello que ven que no es muy correcto o muy limpio.

"Estos organismos van a ir teniendo una trascendencia mayor cada día en todo el cambio social, y si no queremos una Iglesia encerrada en sí misma, es vital la incorporación plena de los cristianos".

Para ayudar a la reflexión:

- *¿Cómo ve Ud. la relación entre fe, adhesión a Cristo y política?*
- *¿Qué piensa del testimonio de aquellos hombres de buena voluntad que no tienen nuestra fe, y sin embargo se dedican enteramente a la política?*
- *Diferentes formas de la acción política.*

Segunda Parte

Convertirse para creer

IV. HACER LA VERDAD

Un acto que compromete el ser entero

El acto de la fe compromete al ser entero, y no solamente al cerebro. Hay que subrayar, al respecto, la importancia primordial de la conversión del corazón a la humildad. La fe, en efecto, nace en el corazón (1), y el corazón sólo se abre si reconoce que el encuentro con Jesucristo va más allá de sus posibilidades: "Dios es más grande que nuestro corazón" (1 Juan 3,20).

* * *

Pero si la fe nace en el corazón, se conserva y se desarrolla por medio de "las manos"; esto significa que la fe está vinculada a la actividad y a la vida diaria del hombre, que depende estrechamente de las "obras" del hombre. "Como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también es muerta la fe sin las obras" (Stgo. 2,26).

Muchas veces, en el N. Testamento, la fe está puesta explícitamente en dependencia de la acción.

Jn. 3,21: "El que *hace* la verdad viene a la luz".

Mt. 7,21: "No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la voluntad de mi Padre".

(1) El "corazón" nunca significa en el Evangelio la sensibilidad sino siempre las profundidades del ser, allí donde se hacen las elecciones decisivas que comprometen la vida: "Allí donde está tu tesoro, allí tu corazón".

Stgo. 1,22: "Poned la Palabra en práctica... pues quien se contenta con sólo oirla sin *hacerla*, será semejante al varón que contempla su rostro en un espejo, y apenas se contempla, se va y al instante se olvida de cómo era".

Como se ve, es siempre el verbo "*hacer*" que expresa la acción vinculada a la fe.

* * *

Hacer la verdad, es "HACER", es actuar con sus manos, en conformidad con una exigencia interior, y al mismo tiempo esta acción prepara el camino a la fe y la desarrolla.

La experiencia manifiesta que el niño aprende más fácilmente por los "métodos activos". Esta comparación, por muy imperfecta e inadecuada que sea, nos hace entender que el compromiso cristiano en la vida, es el método activo de la fe. El bautizado crece en la fe en la medida en que esta fe envuelve o marca toda la existencia. Experimenta además una necesidad profunda de realizar la unidad de todas sus horas alrededor de su fe, y sabe, confusamente por lo menos, que si divide su día o su semana en dos sectores separados y sin comunicación, el de la actividad profesional y el de la vida espiritual, ésta se debilitará pronto superficializándose (Cfr. Gaudium et Spes N° 43).

* * *

Por esta razón, las estadísticas sobre la "práctica" religiosa, por muy útiles que sean, no tienen sino un simple valor indicativo, y no dan cuenta plenamente de la fe verdadera de los Cristianos en Jesucristo.

Por esta misma razón, no hay que limitar los medios de educación de la fe sólo a la enseñanza religiosa o a la catequesis. Sin duda hay que alegrarse de la admirable evolución de esta enseñanza religiosa. Pero un niño nunca penetrará la verdad y alcanzará la fe, sino en la medida en que sea conducido a una actividad que lo ponga rápidamente al servicio de los demás. La única catequesis que lleva a la fe es aquella que está acompañada con una formación en la responsabilidad.

La predicación puede transformarse, la homilía perfeccionarse iluminando los acontecimientos vividos por los hombres; pero si toda esta enseñanza no lleva a una acción que la fe exige imperiosamente, se queda al nivel de la inteligencia y no deja huellas. Hay que "hacer la verdad" para llegar a la verdad.

Por esta razón, en fin, la Iglesia pide insistentemente hoy día que los laicos tomen responsabilidades en pro del bien común. La enseñanza por sí misma no es nada, y muchos hay, incluso bautizados, que están muy "comprometidos", pero sin referencia ninguna a la fe.

Pero los cristianos que sirven a sus hermanos, en virtud de la exigencia interior de su fe en Jesucristo, y que controlan este compromiso en el seno de una comunidad o de un movimiento, saben por experiencia que esta fe se profundiza y se ilumina, gracias a su acción. "Hacer la verdad" conduce a la luz.

Para el intercambio:

- *¿Cómo concreta, cada uno de ustedes, su fe en "acción"?*
- *¿Conoce casos de "dicotomía": fe y vida espiritual por un lado, y vida profesional o cívica por otro?*

- *Sugiera posibles actividades concretas, a nivel de niños en edad de catecismo.*
- *¿Cómo podríamos manifestar la fe vivida, en responsabilidades concretas?*
- *¿Ha oído de parte de cristianos comprometidos en la acción política la expresión siguiente: "Tengo que dejar mi fe entre paréntesis en este momento"? ¿Qué piensa de tal actitud?*
- *¿Cómo podría ayudar la comunidad a vivir concretamente la fe?*

V. SER EL PROJIMO

Un acto que compromete el ser entero

Si es cierto que "HACER la verdad" conduce a la luz, es en el campo del amor fraternal comprometido en serio donde se verifica esa pedagogía de la fe.

Una frase del Señor nos llama la atención. Cuando dice "HACED esto en conmemoración mía", no designa solamente el sacrificio eucarístico, sino también todos los gestos de humildad y amor que lo acompañan: el lavado de los pies, a propósito del cual dijo: "Os he dado ejemplo para que vosotros HAGAIIS también como yo he hecho"; el mandamiento del amor fraternal: "En este signo se reconocerá que sois mis discípulos". Pero es necesario que ese signo sea visible para que pueda tener tal eficacia. "Haced esto en conmemoración mía", asocia indisolublemente la humildad y el amor fraternal con el sacrificio de Cristo. ¿Qué puede significar el sacramento del pan compartido, para quien no comparte verdaderamente su pan y sus recursos con aquellos que no los tienen?

Algunas enseñanzas del Señor es preciso leerlas a través de esta luz. Así podemos notar que cuando el escriba pregunta a Jesús: "¿Quién es mi prójimo?", el Señor, después de haber contado la parábola del buen samaritano, da vuelta completamente a la pregunta, preguntando a su vez: "¿Quién se ha mostrado el prójimo del herido?" Mientras el pró-

jimo es el otro, se corre el peligro de permanecer exterior a él, e incluso de no verlo. Ser el prójimo, en cambio, es una actitud activa, que no deja lugar a la quietud, y que posee un sentido siempre claro. El lenguaje, que desazona y gasta todas las cosas, ha gastado también la palabra caridad. Para unos, está asociada estrechamente al gesto de dar una pequeña limosna que tranquiliza sus conciencias. Para otros, es un sentimiento vago e impreciso, de benevolencia hacia los demás. Sin embargo, la expresión que el Señor emplea es tan enérgica que nunca podrá ser desazonada: "¿Quién se ha mostrado el prójimo?"; es por eso que nos quema los labios y tenemos miedo de usarla.

* * *

Ser el prójimo nos vincula del todo a nuestra fe, porque nunca se puede empezar a ser el prójimo sin "ver" a Cristo, aunque uno no lo perciba inmediatamente. "Yo tuve hambre"... ¿quién acaba de pronunciar ese Yo? "Vosotros me disteis de comer...", ¿quién, pues, ha recibido de mis manos ese pan que lo alimentó? Es el Señor, y el Señor glorificado, quien lo dice: "El rey vendrá en su gloria".

La Iglesia misma no existe sino en función de este único criterio. Es inútil disertar sobre quiénes la componen. El Evangelio es claro; en la Iglesia están los pobres como Lázaro; los que son el prójimo de los demás, como el buen samaritano, o como las ovejas del Juicio Final. Los demás están fuera de la Iglesia aunque se sientan buenos cristianos, sean ellos sacerdotes, religiosas, obispos, o usted o yo, si no hemos sabido ser el prójimo de nuestros hermanos.

Ser el prójimo es el único criterio que mide nuestra fe, que garantiza nuestro amor a Dios. ¿Cómo ima-

ginarse que uno puede amar a Dios, a quien no ve, si uno no es el prójimo de su hermano a quien ve?

Ser el prójimo es el único camino que nos permite orar a Dios: "Si vienes a presentar tu ofrenda al altar y allí te das cuenta de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda, y vé a reconciliarte". Todos aquellos que tienen hambre en este mundo, son hermanos que están en pleito con nosotros.

Ser el prójimo es la única manera de arreglar de modo seguro nuestra eternidad, ya que, en ese instante en que el Señor "vendrá como un ladrón" a llamarnos, nos juzgará sólo sobre este criterio: "Os lo aseguro, cuantas veces hicisteis esto a uno de mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis". A no ser que oigamos la sentencia contraria.

* * *

Ser el prójimo nos hace entrar en el corazón de Dios y participar de su amor para con el hombre: "Tanto amó Dios al mundo...". "No hay amor más grande...".

Dios ama al hombre. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento lo proclaman, y esta certeza es la roca sobre la cual está edificada nuestra fe. No es un amor vago y global, sino un amor que alcanza a cada uno, personalmente: "El Pastor llama a sus ovejas por su propio nombre". No ama sólo su alma espiritual, sino su ser entero; incluso su cuerpo; pues, de no ser así, no habría tenido tanta hambre de su hambre, da a todos una ración suficiente de pan y felicidad, para que cada uno tenga su parte; pero no se reserva a sí mismo toda la distribución, porque asocia al hombre a su amor para con el hombre. El don de tal responsabilidad es el signo sensible de su estima para con él y del respeto que tiene

a su libertad. Al darle ese poder, lo invita a crecer en su estatura de hombre. Acepta el poder amar y ayudar eficazmente al hombre por medio del hombre mismo. El amor está en el corazón de Dios, pero no llega al hombre sino por medio de las manos del hombre.

* * *

Pero, ¿quién es ese hombre del cual tengo que ser el prójimo? ¿Lo he encontrado? ¿Lo he visto? Es preciso "ver" a ese hombre, so pena de muerte eterna. El rico fue llamado malo porque no supo ver, y esto bastó para que se quemara para siempre. Los malditos del Juicio Final lo serán porque no supieron ver: "No me disteis de comer". Podrían, sin embargo, haber obrado de buena fe, pero en el Evangelio la buena fe no es una razón ni una excusa. El sacerdote de la parábola del samaritano no supo ver, como tampoco supo ver el levita. ¿Qué esperamos para ver?, ¿no nos abre los ojos la realidad? "El único pecado verdadero es la indiferencia" (F. Mauriac).

* * *

He aquí el momento de entrar en el terreno de lo concreto. Ojalá que ustedes, en la práctica, lo *hagan* mucho mejor de lo que voy a tratar de describir.

Ser el prójimo de alguien, es conocer personalmente a los pobres. Los pobres son aquellos a quienes falta algo: los que nunca comen a su gusto, los "sin casa" o los pobladores de las "callampas"; son aquellos a quienes las condiciones de su trabajo colocan siempre en la inseguridad, los cesantes. Los pobres son los "mal amados", aquellos cuyo hogar está quebrado o que nunca han tenido hogar; los que viven en el desierto del corazón (soledad). Los pobres son

aquellos que no tienen el apoyo y la estima de los demás. Los pobres, en fin, son los que no poseen la luz y la vida divina y no saben que Cristo viene ante todo para ellos y que golpea a la puerta de su vida.

Siempre el pobre está a nuestra puerta, próximo a nosotros. Somos nosotros los que olvidamos ser el prójimo de ellos. Pero, si sabemos verlo, aprenderemos a "visitarlo" en la cárcel (donde encontraremos a Cristo), en el hospital, en la pieza solitaria donde sobrevive el anciano. . . Aprenderemos a verlo en el "pelusa" que canta en la "micro", en el borracho que duerme en la vereda, en la prostituta que espera aburrida al "cliente", para dar pan a su guagua. . . (Cfr. "Oraciones por la calle", Capítulo: El bar y la prostituta", de Michel Quoist).

Hoy día, la parroquia misma es controvertida, discutida, y a veces con justa razón; pues si fuese una "central de amor fraternal", del servicio fraternal, de ayuda mutua, nadie le reprocharía el haber perdido el contacto con la vida.

El que disfruta de bienestar, buena salud o felicidad, debe poner estos dones al servicio de los demás, porque para eso se los ha dado Dios. A veces los cristianos se preguntan qué es lo que deben dar, o en qué proporción deben compartir; algunos, incluso, llegan a fijar un porcentaje dentro de su presupuesto. Pero el Evangelio va mucho más allá, exigiendo, ante todo, liberar el corazón del afán del dinero. El que escucha el llamado del Señor (y muchos cristianos casados lo escuchan cada día) empieza a determinar lo que le es estrictamente necesario, dentro de un espíritu de pobreza y de libertad, compartiendo el resto con sus hermanos menos favorecidos; es más radical, no se conforma con determinar un pequeño porcentaje para dar limosnas.

Ser el prójimo va mucho más allá de las relaciones

de persona a persona. El servicio fraternal se dirige también a la comunidad de los hombres, al bien común. Aquí son muchos los caminos que se abren hacia el amor, y son muchos los que entran por ellos; por ejemplo, aquellos que dan su tiempo y sus fuerzas para edificar la justicia en provecho de los oprimidos, los que militan en partidos políticos mirando hacia el bien común, los que militan en sindicatos por igual motivo, etc.

* * *

Hoy día, el pobre Lázaro está a nuestra puerta. En Santiago hay barrios muy "a la europea", que están dentro de una "sociedad de consumo"; ajenos al "Tercer mundo".

Pero el "Tercer mundo" rodea la ciudad, y, ¿quién, entre los habitantes del "barrio alto" o los barrios residenciales, conoce bien estos barrios pobres, estas poblaciones?

Si el mundo de la gente acomodada, que se identifica con el mundo cristiano, diciera para los pobres el equivalente de lo que gasta en regalos o comilonas de Pascua, muchos de los pobres de nuestra ciudad verían llegar el fin de su miseria. A pesar de que éste sería todavía un gesto insignificante frente a las exigencias del Señor.

Para el intercambio:

— *Aportar otros testimonios:*

- a. *¿Cómo te has hecho el prójimo de los demás?*
- b. *¿Cómo has encontrado a Cristo en la persona de los pobres?*

— *Examina los pretextos que se dan para negar la ayuda a ciertas categorías de pobres: borrachos que gastan la*

plata en "pencazos" (industria de la mendicidad); "pelusas" que van a seguir el camino de la mendicidad o que van a entregar el producto de sus colectas a sus padres "para tomar"; profesionales de la estafa, expertos en el arte del "cuento del tío", etc., (otros ejemplos).

¿Vale la pena interesarse por esas categorías de personas?

¿Cómo evitar que se derroche una ayuda que se sabe que será mal utilizada?

— En cuanto comunidad, ¿qué podemos hacer concretamente?

— "Siempre tendréis pobres entre vosotros". ¿No utilizan algunos cristianos esas palabras del Señor para justificar las diferencias de clases sociales, el capitalismo, o la posición de los que tienen en sus manos las fuentes de trabajo?

— Se sabe que los pobres son alérgicos al "paternalismo"; ¿cómo evitar este peligro en la ayuda que se presta a los demás?

— ¿Puede el pobre Lázaro sentarse a la misma mesa que el rico?

— "Lo superfluo no nos pertenece, es un robo" (San Justino). ¿Qué llamamos "superfluo" entre nosotros?

— ¿Qué sentido tiene la colecta de la Misa si se echa una "chaucha" en el canasto? (Un escudo equivale a la décima parte de un cigarrillo). ¿Hemos pensado en un "rea-juste" de nuestras ofrendas? ¿Conviene acostumbrar a los niños chicos a echar la "moneda en el canasto"?

— ¿Están los cristianos dispuestos a pagar más impuestos (honradez con el fisco) para que los poderes públicos intensifiquen sus esfuerzos para el desarrollo?, ¿o a consumir los productos nacionales en vez de los importados?

"Caridad bien ordenada empieza por casa".

— ¿Hasta qué punto se puede compartir con la comunidad:

...los problemas personales (vida conyugal, profesional, etc.)?

...los problemas económicos (ayuda mutua según las necesidades de cada uno, teniendo en cuenta la pruden-

cia, las cargas familiares, el avalúo global de los ingresos, etc.?

Sugerencias de textos para ilustrar el intercambio:

A) *Nuevo Testamento:*

Mateo 25,31-46.	Santiago 1,27.
1 Juan 3,16-17.	Santiago 4,17 — 5,1-6.
1 Juan 4,11.	Santiago 2,14-17.
1 Juan 4,20.	

B) *Encíclica "Progreso de los pueblos"*

Nos. 20, 47, 49, 66, 67, 74, 83, 86.

VI. ORAR PARA CREER

Un acto que compromete el ser entero

La oración es tan necesaria al crecimiento de la fe como la palabra al desarrollo de la inteligencia; y esto so pena de muerte de la fe; la oración fecunda la inteligencia permitiéndole engendrar la fe.

Hoy día trataremos de profundizar los vínculos entre la oración y la fe.

Pero, antes de empezar, hay que responder a una objeción: ¿no hay, en esta búsqueda, una cierta falta de lógica? ¿Cómo puedo yo orar si primero no tengo fe? ¿Cómo puedo yo dirigirme a Dios si no lo conozco, y no estoy seguro de su existencia? ¿Es posible empezar a rogarle a partir de una ausencia total de fe? ¿Puedo aun hacer una oración condicional como ésta: "Dios mío, si existes, hazme creer en ti"?

Si fuéramos indiferentes a la cuestión, si pudiéramos situarnos frente a Dios como lo hacemos frente a cualquier realidad humana que nos deja indiferentes, es evidente que la oración no significaría nada y no conduciría a nada. Y si hubiese alguien a quien el problema de la fe dejase sin reacción y sin interés

En la discusión del tema precedente, "ser el prójimo", hecha en una comunidad, alguien hizo notar muy justamente que existía un medio muy concreto y al alcance de todos, de hacer algo para el servicio de los demás: el de dar regularmente su sangre al banco de sangre. ¿Qué piensan Uds.?

alguno, es evidente que para él, la oración sería absurda.

No obstante, la oración es un acto saludable para quienes sienten en sí mismos que la cuestión de la existencia de Dios, incluso sin estar resuelta para ellos, es una cuestión seria. Y es verdad que, en este sentido, ya es un acto de fe: desear creer ya es empezar a creer; orar para creer ya es creer: "Tú no me buscarías si no me hubieras ya encontrado".

Pero estamos siempre viendo las cosas desde nuestro punto de vista. Si tratásemos de contemplarlas desde el punto de vista de Dios, recibiríamos más luz.

Pues la fe es siempre una respuesta a una pregunta planteada por Dios. El Evangelio nos manifiesta que Cristo tiene la iniciativa, y que la fe de sus Apóstoles es una respuesta a sus preguntas: "¿Quién dicen que soy yo? — Tú eres el Cristo". "¿Crees en el hijo de Dios? — Creo, Señor". "Tomás, no seas incrédulo, sino fiel. — Señor mío y Dios mío".

Cuando, a la pregunta de Jesús, Pedro contesta: "Tú eres el Cristo, el HIJO del Dios vivo", Jesús lo invita a bajar al fondo de su corazón para discernir en él la acción del Padre: "Bienaventurado, Simón; porque lo que acabas de decir no viene de ti; es mi Padre quien te lo enseñó".

Debemos comprender que el Padre está siempre actuando, y que su amor, siempre despierto, alcanza sin cesar a cada uno de los hombres, creyentes o no, para solicitar de ellos la respuesta: "Mira que estoy a la puerta del corazón y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él" (Apoc. 3,20).

Por esta razón, aquel que ora para creer hace un acto plenamente legítimo e inteligente, porque busca tomar contacto con alguien que lo mira perma-

nementemente, responder a quien pronuncia su nombre, abrirse al amor de quien lo ama ahora, descubrir en ese mundo invisible en que vive, la presencia del "viviente".

San Agustín describe su experiencia personal: "Yo tardé en amarte... ¡Ah, ya está! Tú estabas dentro de mí y fuera... Estabas conmigo sin que estuviera contigo... Has llamado, gritado, y has quebrado mi sordera... Te gusté, tengo hambre, tengo sed... mi vida estará llena de ti" (Confesiones, X).

* * *

Pero, en la noche de su agonía en Getsemaní, Jesús dijo a los Doce: "Velad y orad si no queréis ser tentados". Aquí estamos en el fondo de nuestro tema. Creer debería ser la regla, la costumbre, la atmósfera normal del bautizado, su respiración, su vida. No creer, o creer por si acaso, o vacilar en creer es una anomalía, una enfermedad, una "tentación". La tentación, la cual Jesús siente que amenaza a sus discípulos, y les amenazará siempre, es la que va a corroer su fe. Van a afrontar esa misma noche el escándalo del fracaso, de la muerte, de la aventura sin salida, la estupidez de un destino que se va al suelo. Van a conocer todo aquello un día en su propia carne, pero experimentarán también las otras formas de tentación que experimentó un día el Señor en el desierto, aquellas de la facilidad, de la eficacia de las técnicas, de los compromisos con las potencias del dinero o del mundo. Pues el mismo Señor quiso conocer la tentación, y para protegerse de ella, rogó. En esa noche de tinieblas en la cual está enfrentado con el Mal en un combate singular que llevará hasta el último suspiro, Jesús ora, y el Evangelio nos da algunos ecos de esta oración: "Padre, no mi voluntad, sino la tuya"; "Padre, perdó-

nales, porque no saben"; "Padre, ¿por qué me abandonas?"; "Padre, en tus manos entrego mi espíritu".

Cada bautizado, cada sacerdote, conoce la tentación, y al cabo de todas las pruebas que atraviesa tiene la impresión de que su fe se va a derrumbar. Y sin embargo, este "combate de Jacob" es esencial al crecimiento de la fe, y por esta razón, hay que orar para superar la tentación. Hay que orar para creer. San Agustín escribe a continuación del texto citado más arriba: "¡Ay, pobre de mí; Señor, ten piedad de mí! ¿La vida del hombre en la tierra no es, sin tregua ninguna, una tentación? Toda mi esperanza está sólo en la magnitud de tu misericordia. Dame lo que tú prescribes, y prescribe lo que tú quieres".

Orar y creer es una sola cosa. Tenemos aquí el principio mismo de la oración continua que es otra cosa distinta al hecho de "rezar" o "decir oraciones". La manera de vivir las horas del día es hacer de ellas un acto de fe permanente, una oración, es decir una respiración del alma, un contacto profundo del corazón con el amor de un Señor siempre vivo y operante.

Para el intercambio:

- *¿Han tenido en su vida personal un "eclipse" o una "crisis" de su fe? Causas y consecuencias... Testimonios. ¿Qué actitud han tenido en tales oportunidades?*
- *¿Conocen a "agnósticos" que han tenido inquietudes espirituales?
¿Actitud con ellos? ¿Posibilidades de diálogo?*
- *¿Conocen a gente (tal vez Ud. mismo) que, en una prueba (duelo, fracaso, contrariedad, etc.):*
 - *se han apartado de Dios;*
 - *se han rebelado;*
 - *se han acercado a Dios?*

Describe actitudes y diálogo con ellos.

- *“Si Dios existiera, no pasarían tales cosas” (terremoto del Perú, inundaciones del Pakistán, accidentes, etc.): frase que se oye a menudo. ¿Qué han contestado?*

¿Por qué siempre se atribuyen a Dios las desgracias, como si él fuera culpable?

- *Al leer el Evangelio, ¿han experimentado que muchas veces hay un llamado del Señor que exige una respuesta personal? (Testimonios).*

- *¿Piensan en orar para tener una fe más iluminada y más comprometida?: “Creo, Señor, pero ayuda mi fe, aumentala”.*

- *¿Qué llaman concretamente “tentaciones contra la fe”? En este caso, ¿se piensa en el “Velad y Orad”?*

- *La “oración de la fe”: ¿han experimentado cómo la fe necesita traducirse en oración, y cómo la oración profundiza la fe?*

- *¿Cómo vivir diariamente en un clima de fe y de oración? Experiencias personales.*

VII. PENSAR PARA CREER

Un acto que compromete el ser entero

El acto de fe es un acto pleno, que compromete el ser entero en todas sus riquezas espirituales, afectivas, intelectuales, y en toda su actividad. Reducir la fe al solo acto intelectual es un verdadero empobrecimiento; aunque es verdad también que la fe no puede separarse de la luz de la inteligencia.

El que cree debe leer, reflexionar, escribir, escuchar, dialogar con otros, porque su inteligencia es el taladro que perfora desde aquí abajo en el espesor del misterio; es también uno de los sentidos por los cuales podrá captar a Dios en su luz eterna: "La vida es que te CONOZCAN a ti, el único verdadero Dios y a tu enviado, Jesucristo" (1). "Al presente CONOZCO a Dios de manera imperfecta, pero entonces lo CONOCERE como soy conocido" (1 Cor. 13,12).

Sería preciso haber participado, por el diálogo, en la búsqueda sincera emprendida y realizada por un no-creyente en camino hacia la fe, para descubrir cuán serio y riguroso es su trabajo. ¿Por qué los cristianos de nacimiento no aportamos ese mismo trabajo serio y riguroso para confesar nuestra fe y

(1) Juan 17,3. Cada uno podría hacer en el N.T. un estudio personal de los sentidos tan ricos de la palabra "conocer", que expresa las relaciones entre las personas divinas, entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios: Cfr. Juan 17,25; Rom. 1,21; 1 Cor. 1,21; Gál. 4,9; Filip. 3,10 y toda la primera epístola de san Juan.

para mantener su "tejido" intelectual? El hecho de haber recibido la fe al nacer, como una herencia de familia, crea en nosotros la idea de que estamos dispensados de ese esfuerzo. El que desea ser fiel a Dios, sabe bien que la solidez de su fidelidad depende en gran parte de su ciencia teológica y de la exactitud de las palabras que la acompañan.

La inteligencia al servicio de la fe

1. Todo trabajo de la inteligencia, cualquiera que sea, incluso en el campo de las ciencias profanas, es útil a la fe.

Lo que impide a un hombre caer en la esclerosis, en la vejez, es su capacidad de apertura cultural, la cual depende de su gusto para el trabajo. Hay que rehabilitar el trabajo intelectual. El anti-intelectualismo es el signo de un miedo instintivo. El estudio es el compromiso de la fe, tal como la vida político-social, es compromiso de la caridad. Los conceptos de nuestra época son las palabras mismas que nos sirven para creer, tal como las tareas de nuestra época son los actos mismos que nos sirven para amar. Fuera de esto, no hay sino escapismo, vale decir, lo que reprochamos a los no-comprometidos.

2. Es preciso también que nos empeñemos con todas nuestras fuerzas en conocer y, eventualmente, en predicar en su totalidad el misterio de Cristo muerto y resucitado. Porque no se trata de cualquier Cristo, y tenemos que ser vigilantes como los cristianos de los primeros siglos para eliminar las caricaturas o los esbozos del Señor. Pero para esto, es necesario trabajo, reflexión; nunca será suficiente nuestro conocimiento acerca de Cristo, y es un signo de salud espiritual el tener la impresión, a medida que avanzamos en edad, de conocerlo un poco me-

por y de adherirnos a él cada vez más. Un adulto en la fe, que por otra parte, ha adquirido gran competencia en las ciencias profanas, no podría conformarse con los conocimientos de catecismo aprendidos en su niñez; esto sería una anomalía, una monstruosidad. Es a fuerza de trabajo cotidiano que tenemos la posibilidad de hablar al Señor, sin reducir sus "insondables riquezas" (Ef. 3,8) a algunas vagas ideas que a nadie alimentan porque el que habla es un ser espiritualmente sub-alimentado.

3. La *Lectura* asidua, cotidiana, de la *Palabra de Dios escrita* debe ser la ley de todo cristiano adulto. No es posible prescindir de esta exigencia. Al no obedecer a aquella exigencia, uno corre el peligro de llegar a ser un técnico del apostolado y un predicador de falsas noticias, o simplemente un muerto-vivo. ¿Es este un trabajo intelectual, o es un acto espiritual? Uno y otro, porque el creyente que lee la Palabra de Dios reflexiona y contempla en un mismo movimiento. El texto es vivo, habla, no de ayer, sino de hoy; el Espíritu Santo en nosotros ilumina las palabras para revelar su sentido.

4. En fin, hay que leer asiduamente y cada día la *Palabra de Dios no-escrita*, es decir aquella que se revela, no al espectador pasivo, sino al actor bien despertado de las horas de la vida. Los profetas del Antiguo Testamento tenían el sentido de esta lectura de los acontecimientos *pasados*, y sabían tomar suficiente perspectiva para encontrar frente a ellos una actitud contemplativa que se llama "sapiencial". Es la misma actitud que empezamos a asimilar en Iglesia, al volver a ver los hechos *actuales* de nuestra vida, con la condición de que esta revisión, hecha en común, labre el campo de nuestro corazón, convirtiéndolo, y lo lleve a un descubrimiento renovado del Señor. Es, en fin, la misma actitud que nos lleva a adivinar en el "hoy de Dios", los *signos de los tiem-*

pos por venir. La Iglesia es *para* el mundo y en el mundo, pero este mundo va tan rápido en su carrera hacia mañana, que quienes construyen la Iglesia deben siempre tener una mirada retrospectiva para hacerla acorde al mundo que debe evangelizar.

* * *

Creer es cosa tan seria que debemos poner en la fe lo mejor de nuestro corazón, el más valeroso esfuerzo de nuestra inteligencia. La fe no es un "talento" para enterrar, sino un don de Dios que hemos de hacer fructificar por medio del trabajo paciente del campo de nuestra mente. Sobre esta fidelidad seremos juzgados un día (Mt. 25,14-30).

Sugerencias para la reflexión:

- *¿Tenemos un serio interés por emplear los medios a nuestro alcance a fin de hacer crecer nuestra fe?*
- *¿Valoramos las oportunidades que se nos presentan hoy día para ilustrar y solidificar nuestra fe? (Cursos de teología, foros, reuniones para intercambio de ideas a nivel de comunidades de base, y, de manera especial, nuestra Misa dominical tan rica en todo sentido).*
- *¿Nos damos cuenta de que es imposible que demos al mundo un testimonio de fe, si nosotros mismos no tenemos una conciencia clara de las riquezas que hemos recibido en nuestro Bautismo?*
- *"Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad" (Dei Verbum 1,5). Examinar cómo anda nuestra solicitud en implorar frecuentemente la ayuda del Espíritu Santo para lograr una respuesta lo más perfecta posible en materia de fe.*

VIII. CREER EN AISLAMIENTO O CREER EN COMUNIDAD

Un acto que se hace en Iglesia

Nuestro deseo es ayudar a las comunidades cristianas, y a cada uno de sus miembros que buscan a Cristo "con sincero corazón".

Evidentemente, nos dirigimos a cristianos; y por eso, buscamos ante todo sostener a aquellos que ya creen en el Señor desde su Bautismo, pero que se sienten amenazados en su fe, ya sea por las corrientes de ideas que se expresan actualmente, ya sea por las preguntas que plantea el crecimiento de esta fe. Porque la fe, al profundizarse, se interroga y se enfrenta a preguntas que no son nuevas, sino en apariencia.

Hay momentos en que la alegría de creer parece vacilar en el corazón; esta amenaza se manifiesta:

- a veces por una reducción de la fe al solo acto intelectual, acto a menudo mal situado; la fe no compromete al ser entero, cuerpo y alma, en la conversión del corazón, en el amor exigente a los hermanos, en la acción y la oración, en la reflexión y el estudio; ya no es sino una lucha contra objeciones a las cuales uno está dispuesto a rendirse. A ellos hemos querido dirigirnos en la serie de temas anteriores.
- a veces por un aislamiento voluntario: una sepa-

ración de la comunidad de los creyentes, como si el problema interesara a una persona sola, perdida en un desierto; como si los demás no fueran llamados a la misma fe, comprometidos en la misma búsqueda y solidarios en su conclusión. A estos queremos dirigirnos en esta serie de temas de conversación.

Creer en aislamiento o creer en Iglesia

Toda soledad psicológica o afectiva es un mal para el hombre. Dios no ha creado al hombre para la soledad, sino que lo ha hecho para el vínculo humano, la relación fraternal, el amor y el don. Por esta razón, el hombre no puede realizarse sino en el diálogo, el intercambio, en la búsqueda común; el hombre crece en la medida en que se entrega, gana en la medida en que sabe perderse. Pero aquel que sufre o siente el desaliento tiene la tentación de aislarse, cortarse de los demás, recogerse en sí mismo, organizar su soledad como una ciudadela por defender.

Todo desequilibrio psicológico destruye la disponibilidad, y el pronóstico llega a ser pesimista cuando el aislamiento se busca por sí mismo, como la fuente de una satisfacción malsana.

Por esta razón, Dios no ha llamado a una persona sola, sino a un Pueblo, a una comunidad de creyentes. Pero si la fe es una aventura comunitaria y no individual, no es sólo por estos motivos psicológicos, como si cada uno, para enfrentar lo invisible sin experimentar el vértigo, tuviera necesidad de sentirse codo a codo con vecinos.

En realidad no hay aventura individual para aquel que está llamado a la fe; su destino eterno está en-

vuelto en un destino común, en una Alianza, concertada en Jesucristo, entre Dios y un Pueblo inmenso.

Todo el Antiguo Testamento —Alianza— es la historia de un llamado colectivo: Abrahán no fue escogido para sí mismo, sino para una posteridad: “Abrahán y su descendencia por siempre”. Los profetas reciben una misión *para con* los demás. Cristo nos ha sido dado para congregarnos en él: “A los que antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el mayor entre muchos hermanos” (Rom. 8).

Esta muchedumbre de hermanos, de los cuales formamos parte, no es una colección de individuos como las asambleas humanas en un estadio, o una concentración; encuentra su consistencia en Cristo, y la comunidad no puede concebirse sin la unidad que Cristo sella.

El sentido de la Encarnación, es decir, del Verbo de Dios hecho hombre —“hecho carne”— es que Dios se une al hombre, a todos los hombres: La salvación es por esencia, colectiva; somos salvados sólo en Cristo y juntos: “Quiso Dios salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituyendo un pueblo” (Iglesia, 9). Por esta razón, nuestra fe personal no puede vivir y desarrollarse sino en el seno de la Iglesia, adentro de la fe de la Iglesia.

La fe de un cristiano solo no cuenta sin la fe de la Iglesia; en caso contrario, sólo tendría garantía para él mismo. Pero la fe de la Iglesia no es la suma de actos individuales; está más allá de la experiencia, es un misterio en el seno del cual nuestra fe personal se acurruca y se alimenta.

Sugerencias para el intercambio:

"El Espíritu Santo... cuando engendra a los que creen en Cristo para una nueva vida en el seno de la fuente bautismal, los congrega en el único Pueblo de Dios, que es Linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición" (1 Pedro 2,9) (1). ¿Tenemos conciencia de ser parte de un "todo"? ¿Apreciamos la dignidad que se nos ha conferido de ser miembros del único Pueblo de Dios?

— *Podríamos examinar cómo andan las relaciones con los que nos rodean:*

— *vecinos (¿los conocemos?, ¿compartimos con ellos alguna de nuestras riquezas: bienes materiales, alegrías, o, al menos, una sonrisa, un apretón de manos, el saludo de cada día?).*

— *compañeros de trabajo (¿me limito a trabajar en una oficina?, ¿o trabajo con mis hermanos, miembros, como yo, del Pueblo de Dios?).*

— *esposo, esposa, hijos, familiares más cercanos (¿me doy cuenta de la maravillosa realidad de que estamos juntos en nuestro camino hacia la eternidad, de que debemos ayudarnos mutuamente a mantener y acrecentar nuestra fe?).*

(*) Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.

IX. MIRA, SEÑOR, LA FE DE TU IGLESIA

Un acto que se hace en Iglesia

La oración que precede a la fracción del pan: "Señor Jesucristo, no mires nuestros pecados, sino la Fe de tu Iglesia", toma un sentido emocionante para quien, saliéndose de la rutina, la lee como si fuese la primera vez, como dejándose impresionar por su novedad.

El posesivo "TU" tiene gran significación: La Iglesia pertenece a Jesucristo; es el poseedor de ella. Este vínculo de propiedad no es una invención de la Liturgia, lo que por cierto le daría ya gran valor. Jesús mismo lo afirma: "Construiré mi Iglesia" (Mt. 16,18).

El sentido del posesivo, en el lenguaje corriente, está lleno de todo un contenido afectivo.

Uno de los ejemplos más llamativos lo encontramos en el diálogo entre Abrahán y su muchacho Isaac que quiere —en el momento en que suben juntos hacia el lugar del sacrificio— comprender lo que se está preparando y pregunta: "Padre MIO"... —"Sí, hijo MIO", contesta Abrahán. —"¿Dónde está el cordero para el holocausto?" —"Dios proveerá, hijo MIO". Así dialogan también en el Evangelio el Hijo y el Padre: "Este es MI Hijo amado". "Padre MIO, si es posible...", etc.

Es con este afecto que Jesús habla de la Iglesia: "Sobre esta piedra edificaré MI Iglesia".

Pero, ¿cuál es la naturaleza del vínculo afectivo que les une? S. Pablo y S. Juan nos iluminan: es un amor conyugal que Cristo experimenta para con su Iglesia.

No se trata de apoyarse en la experiencia humana, psicológica, afectiva y física, vivida por un hombre y una mujer, para sacar conclusiones que nos permitirían penetrar en el misterio de la unión de Cristo y de la Iglesia. El proceso inverso es más exacto. Es la unión de Cristo y de la Iglesia la que precede; a partir de la contemplación, en la fe, de esta unión; maridos y mujeres podrán comprender a qué los lleva su matrimonio: "Maridos, amad a vuestra mujer *COMO* Cristo amó a su Iglesia" (Ef. 5,25).

Hay que decir lo mismo de todas las comparaciones bíblicas que tratan de dar cuenta del misterio de Dios. Así, Dios es Padre, pero no a la manera de los hombres, felizmente para quienes han tenido una experiencia desastrosa en su juventud. Dios es Padre. El sólo es Padre, absolutamente. Y los hombres están invitados a penetrarse de esta manera divina de ser padre para amar a sus niños: "De él procede toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef. 3,15).

Para S. Pablo, este amor personal de Cristo por su Iglesia tiene tal importancia que hace de él el tema de reflexión para todo cristiano comprometido en el matrimonio: "Amad a vuestra mujer como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla... Así los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo" (Ef. 5,25 ss.).

S. Juan usa la misma imagen: "He aquí las bodas del Cordero, y SU esposa está dispuesta... Dicho-

sos los invitados al banquete de bodas del Cordero" (Apoc. 19,7); "Vi la Ciudad santa, la Jerusalén nueva que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. . . ." (Apoc. 21,2).

Para S. Pablo y S. Juan, la Iglesia pertenece a Jesucristo como una mujer pertenece a su marido. Y Cristo pertenece a la Iglesia como un marido a su mujer "ataviada para su esposo". Esta propiedad recíproca de los esposos realiza su solidaridad, su única vocación; y para realizarla, la mujer llega a ser para su marido "una ayuda semejante a él" (Gén. 2).

Este amor conyugal no es desencarnado, como si fuera meramente espiritual. Es divino, por cierto, en su fuente, ya que Dios es la fuente de todo amor (1 Jn. 4,7), pero humano, ya que compromete totalmente la persona del Verbo encarnado que "se hizo carne" (1 Jn. 1,14). La Iglesia es su propia carne (Ef. 5,29). A esta luz comprendemos la Eucaristía como el sacramento del amor conyugal definitivo entre Cristo y la Iglesia: "Quien come mi carne, posee ya la vida eterna" (Jn. 6,54). "Este es mi cuerpo entregado por vosotros". "Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella" (Ef. 5,25). "El marido alimenta a su esposa, porque es su propia carne".

Entre Cristo y la Iglesia se expresa sin cesar un amor conyugal acertado que engendra, desde 20 siglos, generaciones de cristianos y que es alimentado por la Eucaristía, acto conyugal de Cristo y de la Iglesia.

"A menudo he observado, aun en los libros de Teología y en los manuales de devoción, una molestia en el lenguaje acerca de la Eucaristía. Nadie se atreve a hablar de ella sin reticencias. Parecemos tal vez mucho más que creemos a los judíos oyentes y primeros discípulos de Cristo. Evitamos hablar del

Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, no nos atrevemos a decir que masticamos su carne inmolada y que bebemos su sangre. Hablamos de la presencia de Jesucristo en el sacramento, o aun simplemente de la presencia real, un poco como si fuera abstracta. Hablamos de manera totalmente abstracta cuando hablamos del "santísimo Sacramento". En el fondo, no nos gusta deber nuestra más espiritual salvación a un cuerpo de hombre, sacado de las entrañas de una mujer. Hay una especie de película de puritanismo que nos separa de las realidades salvadoras, pero físicas de la Eucaristía. ¡Somos tan civilizados! ¡Somos tan delicados! Maldita sea esta civilización y esta delicadeza que nos separan de este Cuerpo sagrado que es nuestra salvación" (Bruckberger. La historia de Jesucristo).

A esta luz debemos leer el Evangelio. Todos los gestos de amor de Jesús, durante su vida terrestre, todas las palabras que expresan sin cesar este amor no se comprenden y no se sintetizan sino en este amor conyugal que ya manifiesta para con la Iglesia, su Esposa, que va a nacer de su costado abierto. El principio de unidad de la vida de Jesús es claro: amar a la Iglesia y entregar su vida para ella a fin de santificarla.

Cuando Jesús escoge sus discípulos, piensa en la Iglesia. Y por esta razón escoge doce, y no una colección de doce individuos seleccionados, sino un grupo inseparable bajo la dirección de un jefe: "en esta piedra edificaré mi Iglesia". Y este grupo de los Doce es tan definitivo que el destino de cada uno y su misión se fundamentan en el destino y la misión del "colegio" (Mt. 16,18). Y si Jesús lleva adelante su amor hasta el acto excepcional de entregar su vida por los que ama, realiza el gesto por el cual S. Pablo expresa el amor conyugal de Cristo para con su Iglesia.

Cuando Jesús llama al joven rico, cuando acoge a los niños, cuando sana a los enfermos, cuando reconcilia los pecadores, la mujer adúltera, la prostituta, es a la Iglesia a la que ama. Cuando en el momento de entregar su vida, abre el paraíso al ladrón arrepentido, ya establece la Iglesia en el cielo donde su morada está siempre preparada. "Y vi la Ciudad santa, la Jerusalén nueva, que descendía del cielo, hermosa como una novia ataviada para su novio".

Sí, el amor de SU Iglesia, para Jesús, es inseparable del amor que siente sin cesar por su Padre: su oración, su palabra, sus gestos están impregnados de este amor. Es lo que hace la unidad de su vida.

X. AMO, SEÑOR, NUESTRA IGLESIA:

Un acto que se hace en Iglesia

La Iglesia, ¿barrera o camino?

El problema se plantea; hay que saber reconocerlo lealmente, sin tratar de hacer distinguos. Los cristianos militantes deben enfrentarlo y para algunos fue una prueba de su fidelidad.

He aquí algunos testimonios recogidos por el redactor de estos temas:

- Un sacerdote: “Estoy tentado de contestar que la Iglesia ha sido el principal obstáculo a mi fe: una Iglesia desfigurada... Vicario en una parroquia, donde las fantasías de mi párroco, el estado lamentable de la catequesis y del culto, el desprecio para los pocos militantes y cristianos de buena voluntad, han puesto mi equilibrio y buena voluntad a dura prueba”.

Los convertidos tienen dificultad para encontrarse a sus anchas en ella:

- Una joven convertida: “El amor a la Iglesia es más difícil para un convertido que para un cristiano de nacimiento. Se da a éste una seguridad y no experimenta la menor necesidad de amar una Iglesia en la cual está sumergido desde siempre. Pero el convertido se topa con dos dificultades: la primera le viene de sus propias deficiencias porque no ha recibido ninguna formación y

todo le parece extraño; la otra le viene de la falta de acogida de los cristianos, y sobre todo de su poco amor a Cristo que ha descubierto, encontrado y que lo ha conquistado. Los cristianos no le permiten un diálogo a partir de la experiencia única que él ha hecho”.

Los no-cristianos —bautizados que han abandonado toda práctica religiosa— sobre todo, se enfrentan a la dura realidad de la Iglesia y de la gente de Iglesia, hasta tal punto que uno puede preguntarse si no es un obstáculo en el camino que los conduciría a Cristo.

- Un sacerdote: “Una Iglesia inútil para quienes la miran desde afuera, les parece a menudo hipócrita y anticuada más bien que sincera y viva... Una Iglesia donde las divisiones, la esclerosis y las incomprensiones son tan pesadas que la atmósfera me pareció, muchas veces, irrespirable...”.
- Un ateo: “La Iglesia hace bonitas declaraciones a favor del mundo obrero y de los pobres; sería preferible que se callara. Además, los cristianos, los ricos, todos los capitalistas están en la Iglesia. Los cristianos, ¿qué han hecho anteriormente? Siempre han estado y estarán siempre por el orden establecido y el statu-quo, es decir: la opresión de las clases humildes”.

En resumen, acusada por unos, signo de contradicción para otros, o signo “insignificante” para la mayoría, la Iglesia está llamada a interrogarse. Pero digámoslo en seguida: La Iglesia no es exterior o extraña a nosotros mismos. Sería demasiado fácil descargarse en una realidad mítica del peso exigente de una revisión seria. Estamos en la Iglesia, somos la Iglesia, y si la Iglesia es un obstáculo para el

despertar y el desarrollo de la fe de muchos es por culpa de todos nosotros (Cfr. Iglesia en el mundo, párrafo sobre el ateísmo N° 19).

Pero es preciso entendernos sobre lo que es la Iglesia, no mezclar lo esencial con lo accesorio (un accesorio que tiene demasiado espacio), lo eterno y lo caduco (un caduco que rehúsa morir).

Es preciso, pues, comprender exactamente lo que es la Iglesia; muchas veces, en efecto, quienes la critican se ponen aparte y la reducen al Papa, a los obispos y al clero. Hay que reconocer que éstos son los más significativos de la Iglesia y más responsables de su rostro que cualquier otro bautizado. Ellos deben aceptarlo y recibir el interrogante en el corazón para su conversión.

* * *

Estas líneas serán leídas por cristianos de las comunidades cristianas. Antes de seguir nuestra reflexión en los temas que vendrán a continuación, queremos recordar la necesidad de fundar nuestro análisis sobre las cualidades complementarias de lucidez y de interioridad:

- Una lucidez que no se cubre el rostro frente a las exigencias que presentan a la Iglesia los hombres por evangelizar. Revelar a Jesucristo exige de los cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos, una renovación continua, porque las soluciones son siempre incompletas y siempre superadas.
- Una interioridad que subordina esta reforma de las estructuras a la conversión, a la humildad frente al Señor, y al amor lleno de respeto por las personas.

bautizados, de varios creyentes, unidos por la fe en Cristo viviente y por el respeto a los vínculos de la comunión jerárquica y fraternal. Esta comunidad se realiza en germen:

- Si comprende todos los elementos que constituyen esencialmente la Iglesia.
- Si está abierta a todas las demás comunidades que se **forman** en otros lugares y otros ambientes.
- Si está abierta, por lo menos implícitamente, a lo universal.
- Si no rechaza la comunión, en nombre de una supuesta pureza, con los demás rostros que toma, aquí o acá, la Iglesia de Jesucristo.
- Si, en fin, se sabe, por pleno derecho, UNA, porque el Señor oró por esta unidad y porque esta oración ciertamente es escuchada.

Que no se diga que tal Iglesia, tal "comunidad-Iglesia", corre el riesgo de ser sólo espiritual, y refractarse en una multitud de formas diversas, sin vínculo aparente entre ellas.

Hemos de liberarnos de imágenes que nos aprisionan, configuran una Iglesia demasiado estructurada, en una uniformidad que no es sino la caricatura cómoda de la unidad.

Cuando los cristianos se reúnen, sea para orar, sea para leer la Palabra de Dios escrita, sea para descubrir la Palabra envuelta en el acontecimiento, sea para revisar los compromisos tomados al servicio del bien común de sus hermanos, son con pleno derecho Iglesia y pueden expresar su oración y su ofrenda en la Cena eucarística, sin estar obligados a esperar la Misa del domingo en una parroquia.

La Iglesia que forman así no está compuesta de puro espíritu: está hecha de hombres, de pecadores que no pretenden ser mejores que otros y cuya fuerza viene del Señor presente en medio de ellos.

La Institución llega a ser estructura

Pero estas figuras múltiples y diversificadas de la única Iglesia, no pueden subsistir mucho tiempo en estado naciente o germinal. Experimentan la necesidad de coordinarse, de darse un estatuto que garantice su estabilidad; y esta necesidad es particularmente aguda en los occidentales, que siendo juristas por instinto, tienen la sensación de existir sólo después de la redacción de un texto legal.

Entonces la *institución* llega a ser *estructura*, y entonces hay riesgo de que se produzcan los endurecimientos tradicionalistas y las oposiciones deformantes. Aquí debemos cuidarnos de deformaciones de un vocabulario impreciso. Se combaten hoy día las "instituciones", y para hacerlo más fácilmente se distinguen las categorías diversas entre sí, desde las instituciones temporales cristianas, hasta las "instituciones eclesiales", considerándose éstas como las únicas químicamente puras.

Mejor sería distinguir, parece, entre "institución" y "estructura". Cristo "instituyó" la Iglesia, llamando un pueblo a la fe y al Bautismo en su muerte y resurrección ("aquel que crea y se bautice"), escogiendo a los doce y a su jefe, Pedro, para atar la gavilla de los creyentes. No se crea, sin embargo, que la distinción entre institución y estructura es un medio cómodo para reservar lo divino y lo espiritual a la institución, abonando a la estructura todo lo que hay de humano en la Iglesia. La Institución-Iglesia ha sido "instituida" por un Hombre-Dios para hom-

bres, por palabras humanas que recibimos de las generaciones precedentes y que siguen siendo hoy día la clave de esta institución y el seguro de nuestra fidelidad.

Pero es cierto que la Institución se reviste necesariamente de estructuras que se diversifican según los lugares o épocas. No hay Iglesia sin institución y no hay institución sin una cierta estructura. Cuando las estructuras se amontonan, se endurecen y se consideran eternas, llegan a ser criticables y corren el riesgo de obstaculizar en vez de ser camino. Es así como la institución-Iglesia puede llegar a identificarse con el Vaticano, las Congregaciones Romanas, las Conferencias Episcopales, las diócesis, las curias, etc.... Cristo "instituyó" la Iglesia, reuniendo a los suyos en la Cena Pascual, en la primera Asamblea Eucarística. Pero, concretamente, la institución se traduce a nuestros ojos en la Misa latina (incluso traducida en castellano), en la asamblea parroquial del domingo, incluso renovada, según el Concilio, o en la organización de las parroquias, aun en el caso que pretenda ser misionera.

Se podría, a partir de los sacramentos, señalar otros ejemplos del paso de la institución a la estructura. No es la institución lo que pone problemas a nuestra fe, sino la estructura que la expresa hoy día. Nunca habrá institución sin una cierta estructura, pero ésta debe siempre estar dispuesta a renovarse en una rigurosa fidelidad a la institución y en una flexible adaptación a los llamados que el Espíritu Santo dirige a los cristianos de cada pueblo y en cada época.

Distinguir para comprender

Es preciso tener hoy día el valor de revisar las estructuras a las cuales estamos acostumbrados, a fin

de distinguir bajo su corteza pasajera la institución permanente y definitiva. El Espíritu Santo ilumina la mirada de cada bautizado para que haga oír el llamado que percibe. Tenemos que permitir hoy día una libertad de experimentación y de expresión, respetando la diversidad de las búsquedas. La reforma permanente de la Iglesia que debe ser el signo de su juventud, afecta a las estructuras, pero nunca a la institución que salió de la mano y de los labios del Señor. Hay que temer, en la Iglesia, a aquellos que no saben distinguir entre institución y estructuras. Los unos canonizarán la menor estructura y se opondrán obstinadamente a la menor reforma; los otros, en nombre de esta reforma, evacuarán alegremente la institución junto con la estructura. Y sobre todo los unos y los otros desconocerán aquella interioridad que es capaz de subordinar toda toma de posición a la conversión personal en la humildad y en el respeto a los hermanos.

XII. CREER PARA AMAR

Un acto que se hace en Iglesia

1. Conquistado por Cristo

Para que el cristiano pueda descubrir la institución-Iglesia bajo la estructura que la expresa ahora y aquí, es preciso que en primer lugar verifique su vínculo personal con Cristo. Porque el propietario de la Iglesia es el Señor: es "SU" Iglesia: "Construiré MI Iglesia". Somos miembros de la Iglesia; somos nosotros mismos, por nuestro Bautismo, responsables de la Iglesia, de su crecimiento y del rostro que revela a los no-cristianos. Pero no somos los dueños de ella. Es Cristo mismo quien la posee: la Iglesia le pertenece: "MI" Iglesia, dice el Señor.

Nuestro vínculo con la Iglesia es el mismo que nos ata a Cristo. Es preciso que nos sintamos "captados por Cristo Jesús" para que formemos parte de la Iglesia. Si pretendemos ser responsables de la Iglesia y jueces de su apariencia exterior sin unirnos profundamente a Cristo, falsificamos los datos esenciales del problema. Todos los cristianos que, a lo largo de los siglos, se han vinculado firmemente a Cristo han tenido una visión justa de su lugar en la Iglesia. Antes de meter en tierra la punta del arado, hay que orientarla con precisión; la unión a Cristo y la dependencia de él aseguran esta orientación. Esta posición trasciende todo compromiso temporal en el mundo. Porque el Señor no ha ve-

nido a juzgar entre tal o cual, ni a arreglar los problemas del César o a cambiar el curso de la historia, ni a liberar al pueblo judío de la ocupación romana. Ha venido a revelar el amor del Padre, y a hacer de todos los hombres hijos de Dios, pagando un gran precio, es decir, al precio de su vida. Es en función de esta salvación y para vivirla concretamente en el amor fraternal, que los creyentes están congregados en Iglesia y también están invitados a arraigarse en la vida de los hombres. Y los santos que más útilmente han marcado su época son aquellos que han tenido su vida bajo el ascendiente de Cristo. Los bautizados de hoy, sacerdotes o laicos, lo experimentan.

No podemos situarnos al lado de Cristo, como si estuviéramos solos. Estamos "EN CRISTO". Esta expresión significativa se encuentra más de 160 veces en S. Pablo; hemos sido incorporados a él. Lo sabemos con la cabeza, pero es preciso que lo comprendamos con el corazón.

Cristo ama a la Iglesia hoy día y se entrega por ella cada día. En Cristo amamos a la Iglesia y la queremos con toda la fuerza que nos vincula a Cristo.

2. Un amor sin ilusiones

Un tal amor no tiene nada sentimental o platónico, es tan realista como cualquier amor conyugal, después de largos años de matrimonio. No hay nada que contar a esposos que han tenido el tiempo de conocerse e inventariar sus defectos y debilidades recíprocas, y que han sufrido por ellas. Su amor ya no es el de su noviazgo, pero el realismo que impregna este amor lo hace más fuerte, más paciente y más indulgente.

Así es nuestro amor por la Iglesia. No basta con consolarse diciendo que está formada por pecadores y dirigida por hombres deficientes, es preciso haberlo experimentado y haber sufrido por ello.

“Para mí, la Iglesia es como una persona. Sufro por sus fallas, como sufro por las fallas de aquellos que amo. Sufro a causa de ella, cuando no es comprendida o amada o conocida bajo su verdadero aspecto”.

(Una joven convertida)

“Lo que une a los cristianos es más fuerte que lo que los separa; siento que se desarrollan en mí las manifestaciones del ecumenismo y la preocupación por la unidad. Yo sé bien que hay deficiencias entre los cristianos y los consagrados. Hay pecados personales y pecados colectivos, y la acción de Satán es real y visible. Pero todo esto es más visible que el vínculo entre los cristianos. En el pueblo cristiano hay muchos fieles serios, muchos sacerdotes de los cuales no se habla, mientras trabajan en la Iglesia considerándose como servidores inútiles. Los recientes acontecimientos han permitido darse cuenta de la presencia de muchos cristianos auténticos”.

(Una religiosa)

“Soy miembro de este Cuerpo y estoy feliz. Estoy feliz de saber que todo es organizado por el Espíritu de Amor que es el alma del Cuerpo universal, de la Familia católica que son todos los hombres sin excepción, miembros conscientes o inconscientes de ser todos hermanos. Como un hombre se casa con una mujer —dice S. Pablo— Cristo-Hombre se casó con la humanidad para hacer de ella su Esposa. Soy de esta humanidad casada con Cristo: mi “partida” de matrimonio es mi Bautismo. Y estoy feliz de ayudar a tal persona, a tal grupo humano, a tomar conciencia que Cristo está allí, en el corazón de todo

hombre y en el corazón del mundo, en el corazón de toda la humanidad y que nos pide incorporarnos libre y activamente a él y a todo su cuerpo”.

(Un sacerdote)

3. Conocerse a sí mismo, estando en la Iglesia

Para estar y crecer en el amor a la Iglesia, es preciso sin duda tener mucha fe, pero esta fe supone indulgencia para con las personas y un mínimo de conocimiento de sí mismo y de humildad. Es demasiado fácil transferir a las espaldas de los demás el peso de nuestras propias insuficiencias, y sobre todo por esa agresividad, dispensarse de la urgencia de la propia conversión.

El único medio de llegar a esta humildad es colocarse en el *corazón* de la Iglesia, y nunca aceptar situarse en la orilla para marcar las distancias y “contar los golpes”: “La Iglesia hace tal cosa, o no hace cual cosa; la Iglesia no tiene razón de... etc...”. Uno comprende que los no-creyentes hablan así porque no saben, y no tienen solidaridad orgánica con la Iglesia. Pero que los bautizados tengan este lenguaje es el signo de un conocimiento imperfecto de la teología y, más aún, de una insuficiencia espiritual y afectiva. El sectarismo no tiene otra fuente, y la Iglesia sufre siempre críticas de parte de aquellos extremistas absolutos que excomulgan fácilmente a sus hermanos en nombre del trozo de verdad que creen tener en exclusividad. Debemos insistir mucho en esta necesidad de situarnos *DENTRO* de la Iglesia, solidarios de todos sus miembros como queremos serlo de Cristo, antes de atrevernos a interpretarla con una humildad que es la única que permite hablar después en forma valiosa.

Aquel que se sitúa *FUERA* de la Iglesia puede fácilmente juzgar y condenar sin experimentar la necesidad de convertirse a sí mismo. ¿De qué habría que convertirse y para qué? Aquél, al contrario, que se mantiene dentro de la Iglesia, conservando la humildad del corazón y la lucidez de la mirada, es una antena del Espíritu Santo, y contribuye eficazmente a esta renovación continua que hace la juventud eterna de la Iglesia.

“Cristo crea sin cesar y construye la Iglesia. En su corazón, por sus manos, he escogido construir la Iglesia ofrendándome en su seno junto con todos mis hermanos. Toda mi alegría, mi sola alegría, mi alegría profunda, es ver que se construye, y mi pena es verla destrozada por cristianos: “Padre, sálvame de esta hora”...”.

(Un sacerdote)

4. Estar en agonía, con el Señor, por la Iglesia

Precisamente en este vínculo personal y conyugal que nos une, en Cristo, a la Iglesia, continúa para nosotros el misterio de la Redención, es decir, de la participación en la Muerte y Resurrección del Señor.

Todos los que se dedican seriamente al crecimiento misionero de la Iglesia sufren la experiencia de la contradicción y de las dificultades. Empiezan por tratar de mantenerse firmes hasta que un día descubren que esta experiencia es precisamente aquella que el Señor hizo en los últimos meses de su vida, y sobre todo en su agonía en Getsemaní; porque ello fue el paroxismo de una angustia misionera frente al rechazo de la mayoría de aquellos a quienes Jesús había “enviado”, al amor y a la salvación que les traía: “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he que-

rido congregar a tus hijos y no quisiste" (Mt. 23, 37). Basta releer a esta luz, las luchas agobiantes de Jesús con los fariseos en S. Juan (especialmente 12,27) y el relato de la Agonía en S. Lucas (22,40-46).

Cuando la Iglesia ha llegado a ser nuestro amor, nuestra esposa, la carne de nuestra carne, todo lo que la destruye o la hiere nos alcanza al corazón. La verdadera cruz para el militante, para el sacerdote o el obispo, es la herida hecha en el corazón de la Iglesia. Quienes han hecho esta experiencia saben que están vinculados a la Iglesia hasta tal punto que lo que hiere a la Iglesia, los alcanza personalmente. Conocen así lo que fue y sigue siendo la agonía del Señor.

* * *

Aquí está el camino de la fe. La fe nada tiene de una iluminación fácil y tranquila. Es una experiencia incómoda de una vida en Iglesia. La Iglesia es, por cierto, la Esposa amada por Cristo y por nosotros en Cristo. Nos ha cautivado el corazón. Pero, en la vida cotidiana, se manifiesta bajo el aspecto poco atractivo de "pecadores", de los cuales somos los primeros (1 Tim. 1,15). Estamos llamados a mantenernos firmes y fieles; no hay fe sin fidelidad.

XIII. ACTUAR EN LA IGLESIA PARA CREER

Un acto que se hace en Iglesia

Somos responsables de la Iglesia; su suerte, o más bien su crecimiento, está en nuestras manos. Entre todos los rostros que puede tomar a los ojos de los hombres, se encuentra el que nosotros le daremos.

1. Unir Iglesia y mundo

La Iglesia no es una sociedad distinta del mundo que pertenezca a un planeta vecino. Existe sólo para el mundo, para salvarlo, por supuesto, pero incorporándose a él, haciéndose "naturalizar" como una levadura que no puede existir sino para hacer levantar toda la masa (Mt. 13,33).

Es el papel de los cristianos militantes: tomar su papel en todas las instituciones que estructuran el mundo para el bien colectivo.

"Para mí, que pertenezco al laicado, el amor a la Iglesia significa ante todo amor al mundo y amor a todo lo que, en el mundo (persona, grupo, estructura), es ya comunidad o está en vías de serlo. Me llama este amor a la Iglesia, a tomar parte en todos los esfuerzos que tienen como fin la realización de un mundo más fraternal y el "vivir-con" los demás esa unificación de lo temporal. En este proceso, donde se trata finalmente de que cada persona se de-

sarrolle y que el bien común triunfe, no hay para mí momentos privilegiados ni más importantes unos que los otros. Sea que trabaje en un equipo con médicos o asistentes sociales, sea que escuche un cliente para ayudarlo, sea que participe en una asociación profesional o sindicato, sea que esté en un grupo o en un comité de promoción popular, sea que vaya a una comida con amigos, sea que converse con comerciantes, que sonría a los transeúntes de la calle... es para mí fundamentalmente la misma cosa: es compartir la comunidad”.

(Una asistente social)

“En estos diversos sectores de mi vida, tengo la impresión de amar a la Iglesia y construirla concretamente: soy fiel en eso a la Palabra de Cristo a Pedro, explicitando lo que es la “clave” del Reino: “Todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo”. Para mí, en efecto, lo que he entendido de esta palabra, es que la Iglesia, en el sentido de la Jerusalén celestial, se va constituyendo por todos los lazos interpersonales que atamos cada día, y que sólo le faltarán todavía aquellas relaciones que no hayamos entablado”.

(Un militante)

Esta “naturalización” en el mundo no pertenece sólo a los laicos; sacerdotes y religiosas pueden realizarla en la medida en que aceptan dejar las estructuras tradicionales.

“Nuestra misión se sitúa, al parecer, fuera de la Iglesia visible, en el mundo de los que llamamos (injustamente) los más pobres. Sentimos la necesidad de transmitir a los responsables de la Pastoral esta vida, en toda su angustia material, pero sobre todo en todo lo que tiene de evangélico. Compartimos la vida por el ejercicio de una profesión, de un traba-

jo. En esta presencia apostólica, yo veo el sentido de mis votos. Están al servicio de la caridad, en una comunidad de estilo evangélico. Ayudan a amar con un amor más universal”.

(Hermanita de C. de Foucauld)

2. Construir la unidad de la Iglesia

Hay que reconocer que la centralización vertical ha dado durante siglos una imagen satisfactoria de una Iglesia una y coherente. Pero no se puede olvidar el precio pagado a lo largo de los años, con la salida de las Iglesias orientales, las rupturas con las Iglesias protestantes, calvinistas o luteranas y la ruptura con la Iglesia anglicana, sin olvidar los cismas de menor importancia. Grande es la tentación, en nombre de la unidad “que hay que defender”, de negarse a abandonar un estilo de gobierno que dé una ilusión de seguridad.

Es bueno reflexionar sobre el misterio de la unidad de la Iglesia. Es, en efecto, un misterio, no porque sea incomprensible, sino porque es un designio, un plan de Dios, con el cual debemos comulgar por la fe. Si faltáramos a su realización, estaríamos en estado de pecado, y nunca podemos atribuir la culpa a los demás. Cristo rogó por la unidad en el momento de su Pasión: “Padre, que sean uno, como somos uno, para que el mundo crea” (Jn. 17,21-23) y es inconcebible que tal oración, hecha por tal intercesor, en tal momento, no haya sido escuchada plenamente. Debemos comulgar con esta oración, y porque lo hacemos mal, debemos reconocer nuestro pecado.

Sería además peligroso dejarnos obnubilar por la ilusión de los sustitutos de unidad. Si la unidad no

es la centralización, no tiene nada que ver tampoco con la uniformidad de las realizaciones ni con el anonimato de las grandes concentraciones. La menor comunidad, incluso de dos o tres personas, si está reunida en nombre de Jesucristo (Mt. 18,20), en la abertura del corazón a las otras formas de comunidad y en la comunión jerárquica, está animada por la presencia verdadera del Señor, y realiza, en su pequeñez, el misterio de la Iglesia universal.

Tal comunidad, cualquiera que sea su estatura, acepta las tensiones, inevitables entre sus miembros, y aún más, se alimenta de ellas. Porque, en nuestra flaqueza humana, no podemos nunca captar, sino incompletamente, la complejidad de la verdad, y necesitamos la mirada de los demás. La tentación que siempre nos acecha, es endurecer nuestras posiciones, canonizar nuestras opciones y rechazar en el cisma a aquéllos que no piensan como nosotros.

La aceptación de la tensión es una riqueza.

“No abordaré la oposición entre “integristas” y católicos abiertos más que para deplorar, una vez más, su intolerancia mutua, la desconfianza que mantienen unos contra otros. Como antaño los judíos y los samaritanos, NON COUTUNTUR, no tienen relaciones unos con otros (Cfr. Jn. 4,9). ¿Soy judío y los otros son samaritanos, o a la inversa? Jesús rechazó completamente toda discriminación. Quiero ser su discípulo. Todo hombre, todo cristiano es mi hermano y, más aún, todo católico. Sólo pido de él una cosa: que no me clasifique de antemano e irremediabilmente entre los traidores de la Fe, entre los candidatos al cisma (¡Dios mío!), sino que acepte reconocer conmigo los verdaderos y difíciles problemas que se imponen hoy a la Iglesia y a la Fe. Si hace esto, no tardaremos en buscar JUNTOS una respuesta, y aun en escuchar JUNTOS, dóciles sin

servilismo, la enseñanza del magisterio... En profundidad, el pecado de cisma procede de una falta de amor. La comunión tiene por fuente nuestra participación en este amor que Cristo tenía en el corazón cuando "la víspera de su pasión", lavó los pies de los Apóstoles y les entregó su cuerpo para que lo consumieran y se alimentaran de él".

(Congar, en ICI N^o 335, 1^o de mayo de 1969).

Es igual con respecto a la "contestación" (palabra francesa, cuya raíz: "Testis", significa "testigo", y cuyo equivalente castellano es la palabra "impugnación"), la cual no es, o al menos no debe ser, una polémica o una oposición sistemática. La impugnación en la Iglesia debe dar lugar a una confrontación de diversas experiencias de testigos, bastante valientes como para expresarse en la Iglesia, y bastante humildes como para admitir la expresión libre de otras experiencias. La confrontación en la Iglesia es necesaria para la profundización de la vida, y para captar los llamados del Espíritu que es el que garantiza su autenticidad y rectitud.

En la fe

En la sociedad-Iglesia, la unidad, a pesar de que sea dada de antemano por la respuesta de Dios a la oración de Cristo, debe hacerse visible a los ojos de todos, y particularmente a los ojos de los no-creyentes, a fin de solicitar la adhesión de su fe ("para que el mundo crea"). En esto, la fe de los cristianos está llamada a concretarse en una actitud que podríamos llamar "obediencia de comunión". S. Pablo mismo habla de la obediencia de la fe (Rom. 1,5).

Toda la salvación es una integración de cada cristiano en un inmenso movimiento de obediencia. Este

movimiento es inaugurado por Cristo mismo, cuya vida entera fue obediencia al Padre celestial. La salvación que trae a los hombres consiste en que ellos mismos están unidos a esta obediencia, a fin de que, en ellos y por ellos toda la creación sea sometida a Cristo, y por Cristo al Padre celestial (Ef. 1,9-10; 1 Cor. 1,16-20).

Si la Iglesia es jerárquica, es decir, construida sobre el fundamento de los Apóstoles, sometidos ellos a su jefe Pedro, es para lograr la educación de esta obediencia interior que es el camino esencial de nuestra unidad. Por supuesto, la unidad será vivida concretamente en la forma de comunión entre las personas, pero esta comunión no será solamente horizontal; será jerárquica so pena de diluirse en una congregación inconsistente. Todos los bautizados, cualquiera que sea su lugar y su función en la Iglesia, que tratan de vivir en la fe de Cristo y en el amor fraternal, el misterio de la unidad, se sienten responsables de la construcción de esta unidad. Esta responsabilidad es su bien común, su carga común, esperando que sea la materia del mismo juicio al cual serán un día sometidos.

XIV. NUESTRA FE EN EL SENO DE LA FE DE LA IGLESIA

Un acto que se hace en Iglesia

Fe de la Iglesia, alimento de nuestra fe

Las dimensiones de la fe de la Iglesia

Si tratamos de describir la experiencia de la fe de la Iglesia, descubrimos que se extiende según dos dimensiones: una dimensión histórica que nos pone en comunión, de generación en generación, con la fe de los Apóstoles, y una dimensión geográfica que nos conduce hasta los confines de la tierra poniéndonos en comunión con todas las realizaciones localizadas de la Iglesia universal.

La Iglesia de siempre y de todos los lugares

La palabra "comunión" es la que expresa más claramente esta participación real de cada cristiano en la fe de la Iglesia en sus dos dimensiones complementarias, la histórica y la geográfica. La Misa cotidiana, sobre todo a través del texto del canon tradicional, es un excelente testigo de la preocupación instintiva de la Iglesia congregada para la Eucaristía, de apoyar su fe sobre la fe de la Iglesia de siempre y sobre la de todos los lugares. La conexión entre

estas dos dimensiones está bien marcada por la expresión "Communicantes"; significa más bien la comunión en la cadena de los siglos. La expresión es tan densa, tan sintética que es casi intraducible (y nuestra traducción castellana no nos entrega toda la riqueza del texto latino).

Podemos leer en el mismo espíritu las otras referencias del canon de la Iglesia Católica: "Te ofrecemos estos dones por tu Iglesia santa y católica... con todos aquellos que promueven la fe católica y apostólica".

Hay que reconocer que, más espontáneamente, la fe de la Iglesia busca su apoyo en los antepasados en esta fe. Ya S. Pablo, en sus dos catequesis sobre la fe (Rom. 4 y Hebreos 11) apoya sus enseñanzas sobre la enumeración de los Patriarcas, "nuestros padres en la fe". Y las dos listas de santos Apóstoles y mártires del canon vienen de la misma necesidad de la Iglesia de sostener su fe "por medio de esta multitud de testigos".

Cristo... los Apóstoles... los cristianos...

En realidad todo descansa en Jesucristo que nos revela el amor del Padre y la salvación que entrega "para que creáis". "Vio y creyó". Cada uno de los Apóstoles tuvo que comprometer su vida en un acto de fe completo. Este acto de fe es el centro de nuestra comunión con ellos: "Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también creáis y estéis en comunión con nosotros. Ahora bien, nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn. 1,3).

El acto de fe de los Apóstoles es "fundamental": "super fundamentum Apostolorum et Profetarum".

Los profetas por un lado, los Apóstoles por otro. En el medio, Cristo, piedra angular, "ipso summo angulari lapide Cristo Iesu" (Ef. 2,20).

A partir de Jesucristo y de la fe fundamental de los Apóstoles, interviene el testimonio. El testimonio de los cristianos de una generación engendra la fe de los cristianos de la generación siguiente, y es así como se enlazan los eslabones de la cadena de la cual nuestra fe está suspendida. La historia de la Iglesia es verdaderamente la historia de la transmisión de la fe por testigos que engendran sin fin otros testigos.

Para cada uno de nosotros

Concretamente, para cada uno de nosotros, ¿cuál fue, un día, el punto de inserción de nuestra fe naciente, en la cadena histórica de la fe de la Iglesia?

Tal vez de nuestra madre que hemos visto rezar, y a través de la cual llegamos hasta la fe fundamental de los Apóstoles.

La fe de la Iglesia forma un tejido continuo, donde cada punto está vinculado a otros, sin que se pueda advertir una discontinuidad.

A veces tenemos la impresión de descubrir la palpación de esta fe de la Iglesia en una multitud en oración, en una comunidad cuyos miembros viven en comunión evidente con las realidades invisibles, en el testimonio de cristianos humildes, pacíficos, caritativos, creadores de vínculos, entregados asiduamente al servicio de sus hermanos, o llevando con paciencia y serenidad las agonías que sufren en su cuerpo o en su corazón.

Cuando un cristiano pide el Bautismo, el sacerdote lo introduce en un diálogo lleno de significación:

“¿Qué pides a la Iglesia de Dios?” —“La FE”. No son palabras vacías, ni simple rito, sino la expresión pública de lo que busca el catecúmeno en su itinerario hacia Dios. Ha encontrado tal vez individualmente a tal o cual cristiano que le ha revelado la Iglesia, pero a la medida de su acogida o de su propia fe. Por eso, algunos no pueden encontrar verdaderamente la Iglesia, porque descubren sólo individuos. Por eso el catecumenado es una estructura necesaria que permite al que busca a Cristo encontrarlo en el seno de la Iglesia. Creo a la Iglesia, en el seno de la Iglesia. “¿Qué pides a la Iglesia de Dios? —La FE”.

La fe del cristiano, alimento de la fe de la Iglesia

No olvidemos que el mismo Espíritu Santo es aquel que hace crecer la fe del cristiano, y que anima y sostiene la fe de la Iglesia. Es importante afirmar que el Espíritu Santo es el autor de la fe, a fin de situar en su verdadero lugar, segundo pero necesario, el rol del cristiano en la fe de la Iglesia. Son los nuevos convertidos quienes revelan mejor esta solidaridad eficaz en la fe que une a los miembros de la Iglesia. Por ellos, la Iglesia recibe de manera tangible el llamado de los no-cristianos a ser evangelizados.

Pero nadie puede describir concretamente lo que aporta con su vida y su testimonio a la solidaridad de la fe de la Iglesia. Todos estamos vinculados por una red de influencias recíprocas; nos mantenemos apoyados los unos en los otros. No es que la fe de la Iglesia sea la suma de la fe de individuos; trasciende, en efecto, todas las actuaciones espirituales de los cristianos y escapa a la experiencia. Pero cada uno, a menudo, a escondidas suyas, influencia la fe de sus hermanos. Es una luz para iluminarlo o una roca para sostenerlo, a menos que sea una piedra de es-

cándalo; porque sucede a veces que la caída de un cristiano —o la salida de un sacerdote— destroza y arranca enormes trozos de la fe de la Iglesia. Es cierto que cualquier cristiano encontraría un nuevo vigor en su fe personal si supiera que aporta un apoyo inestimable e irremplazable a la fe de la Iglesia.

Cuántas vidas cristianas subsisten sólo en referencia —a menudo inconsciente— a otra vida cristiana auténtica. Cuántos se mantienen firmes y viven —a menudo sin saberlo claramente— porque un día han encontrado un amigo o un sacerdote y han oído de parte de él una pregunta a la cual hoy día empiezan a dar respuesta.

INDICE

Prólogo	5
---------------	---

Primera Parte

VIVIR LA FE HOY DIA

1. Nueva situación del mundo	13
2. Renovar nuestra fe	17
3. Fe comprometida: ¿hasta dónde?	20

Segunda Parte

CONVERTIRSE PARA CREER

A) Un acto que compromete el ser entero

4. Hacer la verdad	25
5. Ser el prójimo	29
6. Orar para creer	37
7. Pensar para creer	42

B) Un acto que se hace en Iglesia

8. Creer en aislamiento o creer en comunidad	46
9. Mira, Señor, la fe de tu Iglesia	50
10. Amo, Señor, nuestra Iglesia	55
11. Distinguir para comprender	58
12. Creer para amar	63
13. Actuar en la Iglesia para creer	69
14. Nuestra fe en el seno de la fe de la Iglesia	
— Fe de la Iglesia, alimento de nuestra fe.	75

Impreso en los talleres de Ediciones Paulinas.
Vicuña Mackenna 10.777, Casilla 3746,
Santiago de Chile